



CAMBIO CLIMÁTICO: Nuestra mejor y última oportunidad

La reunión de la COP26 en Glasgow podría marcar el inicio de una nueva era de desarrollo sostenible

Amar Bhattacharya y Nicholas Stern

La pandemia de COVID-19 nos ha enseñado que la existencia humana es frágil y precaria. Sin embargo, si no actuamos ahora frente al cambio climático, el daño podría ser incluso mayor y más duradero que los efectos de la pandemia. Las decisiones que se adopten ahora son fundamentales para determinar el futuro de la gente y del planeta. No debemos volver a la vieja normalidad; es imperativo *reconstruir mejor* mediante el crecimiento sostenible, inclusivo y resiliente.

El informe especial de 2018, “Calentamiento global de 1,5 °C”, del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC) subrayaba el grave riesgo de que el calentamiento mundial supere los 1,5 °C, el ya evidente impacto del cambio climático y el tiempo limitado para detenerlo. Las proyecciones muestran que, si el cambio climático es más rápido e intenso, el daño infligido al medio ambiente, las vidas y los medios de subsistencia será mayor. Por ejemplo, un calentamiento de 2 °C, en lugar de 1,5 °C, destruiría todos los arrecifes de coral del planeta, en vez de entre el 70% y el 90%, y expondría al 37% de la población, frente al 14%, a

calor extremo al menos una vez cada cinco años. Un calentamiento de más de 2 °C incrementa de forma significativa el riesgo de cambios medioambientales mayores y probablemente irreversibles. El informe de 2021 del IPCC documenta la rápida aceleración del cambio climático, señala que se está achicando peligrosamente el margen de maniobra para limitar el calentamiento global desde los 2 °C a 1,5 °C, y subraya que es imperativo alcanzar la meta de cero emisiones netas de aquí a 2050.

Cada vez se reconoce más que los riesgos y los costos económicos del cambio climático se han subestimado. El cambio climático, si no se controla, podría desplazar a cientos de millones de personas, principalmente en el mundo en desarrollo, y aumentaría la probabilidad de conflictos. De igual forma, las economías con altas emisiones de carbono dependen de empleos que podrían desaparecer en el futuro para reducir la contaminación y evitar que el cambio climático sea catastrófico. Se perderán empleos e ingresos, lo que llevará a muchos a la pobreza, y cuanto más se retrase la descarbonización, más descontrolados serán los shocks en el futuro.

Gracias a los avances tecnológicos, el costo de la energía renovable está disminuyendo, por lo que este tipo de energía cada vez es más competitiva frente a los combustibles fósiles. Además, existe cada vez más evidencia de que la descarbonización no obstaculiza el crecimiento, el desarrollo y el empleo, sino que, en cambio, ofrece una senda hacia un crecimiento más inclusivo, resiliente y sostenible; en efecto, puede “desbloquear la historia de crecimiento inclusivo del siglo XXI”.

Inversión e innovación

El aumento del gasto en infraestructura sostenible tiene importantes efectos multiplicadores. A corto plazo, puede contribuir a la recuperación de la economía mundial de los efectos de la pandemia de COVID-19, con la creación de empleos y oportunidades de inversión. A mediano plazo, puede estimular la innovación, crear nuevas fuentes de crecimiento y reducir la pobreza y la desigualdad, al tiempo que genera una atmósfera y un agua más limpias. A largo plazo, la estabilización del cambio climático es la única senda hacia un futuro viable.

Para abandonar el carbono, los gobiernos deben trabajar con las partes interesadas en el fomento de sistemas de energía y transporte limpios, el desarrollo inteligente, el uso sostenible del suelo, la gestión prudente del agua y una economía industrial circular. Se necesitan grandes inversiones para sustituir la infraestructura envejecida y contaminante, hacer frente al déficit en infraestructura y al cambio estructural en las economías de mercados emergentes y en desarrollo, así como para proteger y restablecer el capital natural. En un informe preparado para el Grupo de los Siete (G-7), afirmábamos que, en

esta década y en el período posterior, el mundo debe aumentar la inversión anual en un 2% del PIB anterior a la pandemia.

Es necesario un impulso incluso mayor en las economías de mercados emergentes y en desarrollo (aparte de China), dadas la importante caída reciente de las inversiones y la necesidad de financiamiento para respaldar el crecimiento, los objetivos de desarrollo y los cambios estructurales, incluida la rápida urbanización. Las próximas dos décadas serán un período fundamental de transición para las economías de mercados emergentes y en desarrollo, que exigirá mayores inversiones en todas las formas de capital: físico, humano, natural y social.

En las economías desarrolladas y en desarrollo, la inversión ofrece la importante posibilidad de acelerar la transición hacia una economía con cero emisiones mediante soluciones de bajas o cero emisiones de carbono, desde carburante de aviación sostenible a vehículos eléctricos. El informe “Paris Effect” de 2020 estima que de aquí a 2030 las soluciones de bajas emisiones podrían ser competitivas en sectores que representan el 70% de las emisiones, desde el 25% actual y nada hace cinco años.

El aumento del apoyo por parte de los gobiernos y una cooperación internacional más fuerte pueden contribuir a acelerar el ritmo de innovación, disminuir aún más los costos y garantizar la disponibilidad generalizada de tecnologías de bajas emisiones de carbono, también en las economías en desarrollo. Las economías desarrolladas y en desarrollo necesitan

Objetivos de la COP26

Durante casi tres décadas, las Naciones Unidas han reunido a prácticamente todos los países del planeta en conferencias mundiales sobre el cambio climático. Bajo la presidencia del Reino Unido, la cumbre de este año tendrá lugar en Glasgow. La 26ª Conferencia de las Partes sobre el cambio climático (COP26), pospuesta un año debido a la pandemia de COVID-19, reunirá a líderes mundiales, científicos, empresarios, funcionarios públicos y privados de finanzas, activistas climáticos, periodistas y otros observadores.

Los objetivos principales de la conferencia de Glasgow son:

- Metas generalizadas de cero emisiones netas y un paquete creíble de financiamiento.
- Un compromiso colectivo y una hoja de ruta para acelerar la transición hacia la energía y el transporte con cero emisiones de carbono, con medidas ambiciosas sobre la fijación de precios del carbono, políticas sectoriales, la eliminación gradual del carbón y el apoyo a la innovación.
- Apoyo para la adaptación y la resiliencia, sobre todo en países pobres y vulnerables, y para la protección y reconstrucción del capital natural.
- Movilización de empresas y financiamiento privados para respaldar estos objetivos y canalizar financiamiento hacia economías de mercados emergentes y en desarrollo.

Un precio creíble del carbono enviaría una señal crítica para reorientar la inversión y la innovación hacia tecnologías limpias e incentivar la eficiencia energética.

ahora aumentar sus inversiones y su estímulo fiscal para contrarrestar los efectos de la pandemia, al tiempo que gestionan de forma responsable la deuda y los déficits a mediano plazo. La política fiscal, tanto en el lado del ingreso como del gasto, puede promover la transición hacia un crecimiento inclusivo y de bajas emisiones, entre otras cosas, mediante la presupuestación ecológica.

Políticas para acelerar el cambio

Las autoridades económicas deben fijar expectativas y ofrecer una dirección clara sobre cómo lograr el objetivo de cero emisiones netas. Con ese fin, el FMI, el Banco Mundial y un número creciente de voces del sector privado, público y académico han pedido la eliminación de los subsidios a los combustibles fósiles y el establecimiento de un precio sobre el carbono. Un precio creíble del carbono enviaría una señal crítica para reorientar la inversión y la innovación hacia tecnologías limpias e incentivar la eficiencia energética. La Directora Gerente del FMI afirmó que “sin él [precio del carbono] no podemos alcanzar los objetivos del Acuerdo de París” y que “esta señal de precios debe ser más fuerte y predecible —de aquí a 2030 necesitamos un precio mundial promedio de USD 75 por tonelada de CO₂, muy por encima del actual USD 3 por tonelada”, para ser eficaz.

Junto con la fijación de precios del carbono, la transición hacia un crecimiento resiliente al clima exigirá un gran número de políticas variadas, que se sostengan entre sí, dadas las importantes fallas del mercado, la disponibilidad de otros instrumentos de política fuertes y eficaces, y los obstáculos de economía política. Como se señalaba en un reciente estudio, los gobiernos y el sector privado deben:

- Reforzar la fijación de precios del carbono con políticas específicas por sectores —regulaciones, normas de eficiencia energética, tasas ambientales— y eliminar progresivamente el uso del carbón.
- Impulsar la inversión pública en infraestructuras sostenibles y resilientes, incluidas las soluciones basadas en la naturaleza —restablecimiento de tierras degradadas y conservación de ecosistemas existentes— al tiempo que se mitiga el impacto sobre los pobres.
- Promover el uso sostenible de los recursos naturales con medidas de política tales como pagos por servicios ecosistémicos, regulaciones, la reforma de los subsidios agrarios y del agua, así como incentivos para que la economía circular disocie el crecimiento económico del uso de recursos materiales.

- Aplicar políticas industriales y de otro tipo que estimulen la innovación respetuosa con el clima, entre otras cosas en digitalización, materiales nuevos, ciencias de la vida y procesos de producción, con especial atención a la coordinación y planificación de las políticas en los distintos ámbitos y de las políticas a largo plazo.
- Facilitar información y promover el debate público sobre normas sociales y comportamientos para reducir la demanda energética y el consumo y actividad empresarial que se basan en un uso intensivo del carbono; educar al público sobre los riesgos del cambio climático y sobre los sistemas de alerta temprana y planes de evacuación en caso de desastres naturales.
- Alinear las finanzas con los objetivos climáticos: gestionar los riesgos para la estabilidad financiera que presenta el cambio climático; ajustar los rendimientos sociales y privados a las inversiones verdes; movilizar recursos para inversiones, incluido un importante impulso al financiamiento internacional de la lucha contra el cambio climático; y hacer que las políticas monetaria y de supervisión sean consistentes con los objetivos de cero emisiones netas.
- Desarrollar instrumentos de seguros y redes de protección social para mitigar el impacto inmediato de los shocks climáticos.
- Fomentar una transición justa hacia una economía de bajas emisiones a través de inversiones y apoyo a los trabajadores, las empresas y las regiones afectadas; un cambio rápido implicará trastornos tanto en la producción como en el consumo.
- Integrar las consideraciones sobre sostenibilidad en la gestión financiera pública y en la gobernanza pública; utilizar mejores modelos y mirar más allá del PIB en la decisión de las prioridades de política económica y la medición del bienestar y la sostenibilidad.

Al actuar de forma conjunta en materia de cambio climático, los países se beneficiarán de una expansión de la demanda y una recuperación de la inversión más fuertes, de economías de escala y de costos menores de las nuevas tecnologías. Los retornos de la colaboración y la innovación son muy importantes en este momento, dado el alto nivel de desempleo tras la pandemia, la necesidad de acceso mundial a vacunas contra la COVID-19 y la creciente amenaza del cambio climático, la pérdida de biodiversidad y la degradación medioambiental. La falta de intervención ante cualquiera de estos elementos amenaza la salud del ser humano, la prosperidad económica y el futuro del planeta.

Movilizar financiamiento para la lucha contra el cambio climático

El avance en la acción mundial por el clima exigirá una ambición proporcional del financiamiento climático. Existe un gran volumen de ahorros a largo plazo y las tasas de interés en todo el mundo son excepcionalmente bajas, pero muchos mercados emergentes y la mayoría de las economías en desarrollo tienen dificultades para acceder a financiamiento a largo plazo en la escala necesaria, y el costo del capital es el principal obstáculo para las inversiones sostenibles.

El compromiso de las economías desarrolladas de facilitar USD 100.000 millones en financiamiento climático antes de 2020 no es solo simbólico, sino un pilar de la acción por el clima. Avanzar de forma creíble hacia el compromiso de USD 100.000 millones es crucial para el éxito de la próxima conferencia y para la acción por el clima en el mundo en desarrollo.

Los países ricos deben basarse en el compromiso del G-7 y aumentar el financiamiento para el clima en 2021-22, y duplicarlo hasta USD 60.000 millones de aquí a 2025. Existe la necesidad urgente de mejorar la calidad del financiamiento climático, aumentar las donaciones desde su bajo nivel actual, duplicar de forma inmediata el financiamiento para adaptación y garantizar que por lo menos la mitad del financiamiento climático en condiciones concesionarias respalde objetivos de adaptación y resiliencia.

Debido a sus mandatos, instrumentos y estructura financiera, los bancos multilaterales de desarrollo son la fuente más eficaz de apoyo a la acción por el clima en las economías en desarrollo y para la movilización y apalancamiento de financiamiento para la lucha contra el cambio climático. Estas instituciones deben utilizar todas sus competencias e instrumentos en este momento de crisis, y acordar multiplicar por tres el financiamiento de aquí a 2025 respecto a los niveles de 2018. Esto exigirá la reposición acelerada este año de la Asociación Internacional de Fomento (AIF, el fondo del Banco Mundial para la asistencia a los países más pobres), un uso más eficaz de los balances de los bancos de desarrollo, la mejora de la movilización de financiamiento del sector privado, la aceleración de la adaptación al Acuerdo de París y el aumento proactivo de capital.

El establecimiento del Fondo de Resiliencia y Sostenibilidad dentro del FMI también podría contribuir a reforzar estos esfuerzos, y las propuestas de la Comisión Económica para África de las Naciones Unidas y la fundación Bezos Earth Fund ofrecen otras formas de apalancar financiamiento climático en condiciones favorables. El uso de plataformas de países, que el Grupo de los Veinte (G-20) ha promovido pero que aún tiene que poner en marcha, es otra opción para aumentar la coordinación.

Se están poniendo en marcha esfuerzos para alinear el sistema financiero con el riesgo y las oportunidades climáticas, en el marco de la agenda sobre

financiamiento privado de la COP26, y junto con iniciativas como el Equipo de Tareas sobre la Divulgación de Información Financiera relacionada con el Clima del Consejo de Estabilidad Financiera, la *Network for Greening the Financial System*, la Coalición de Ministros de Finanzas por la Acción Climática, el Grupo de Expertos de la UE en Finanzas Sostenibles y, más recientemente, el Grupo de Trabajo sobre Finanzas Sostenibles del Grupo de los Veinte.

De las promesas a la acción

El enviado especial de Estados Unidos para el clima, John Kerry, ha descrito la próxima conferencia, que empezará en Glasgow el 31 de octubre, como “la mejor y última oportunidad de hablar en serio” sobre la amenaza del cambio climático. La presidencia del Reino Unido de la COP26, bajo la dirección de Alok Sharma, ha establecido las prioridades para la conferencia de Glasgow: el compromiso con la meta de cero emisiones netas, redoblar las medidas de adaptación y resiliencia, cumplir el compromiso de USD 100.000 millones en financiamiento para la lucha contra el cambio climático, reforzar y transformar las finanzas privadas y aumentar la colaboración en las tareas relacionadas con todos estos objetivos.

Ya se han producido avances alentadores. En su reunión de junio en Carbis Bay, el G-7 se comprometió a alcanzar cero emisiones netas de aquí a 2050, reducir a la mitad las emisiones colectivas entre 2010 y 2030, aumentar y mejorar el financiamiento climático de aquí a 2025 y la conservación o protección de al menos el 30% de la tierra y los océanos de aquí a 2030. Y, por primera vez, el G-20 ha señalado la necesidad de actuar en la fijación de precios del carbono. En el sector privado, un número creciente de empresas de todos los sectores se han comprometido a metas de cero emisiones netas, y las principales instituciones financieras han establecido plazos para que sus carteras tengan cero emisiones netas.

Esta década será decisiva. Lo que suceda a nivel nacional e internacional determinará si la recuperación tras la COVID-19 es fuerte e inclusiva, y si nos embarcaremos en una nueva senda de crecimiento sostenible. Si lo hacemos bien, podemos marcar el inicio de una nueva era de desarrollo sostenible con mayores oportunidades para los habitantes de todo el mundo. Si lo hacemos mal, no solo tendremos una década perdida para el desarrollo, sino que los habitantes del planeta estarán en gran peligro en las próximas décadas. Debemos elegir ahora, y hacerlo en forma inteligente. **FD**

AMAR BHATTACHARYA es investigador principal en el Centro para el Desarrollo Sostenible de la Brookings Institution. **NICHOLAS STERN** es titular de la cátedra IG Patel de Economía y presidente del Instituto Grantham de Investigación sobre Cambio Climático y Medio Ambiente de la Escuela de Economía y Ciencia Política de Londres.